

Francisco Núñez Roldán

*Jaque
al peón*

XVII Premio de Novela Ciudad de Badajoz

algaida



Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Juan Eslava Galán, Carmen Fernández-Daza, Fernando Marías, Manuel Pecellín Lancharro, Marta Rivera de la Cruz y Miguel Ángel Matellanes concedió a la novela *Jaque al peón*, de Francisco Núñez Roldán, el XVII Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

© Francisco Núñez Roldán, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9877-972-1
Depósito legal: SE-12-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

AVISO AL LECTOR	13
I	15
II	47
III	77
IV	105
V	143
VI	175
VII	211
VIII	243
IX	269
X	299
XI	333
XII	371
XIII	399
XIV	431
UN POÉTICO EPÍLOGO.....	475
NOTAS BIOGRÁFICAS POSTERIORES A 1581	477

*De todo corazón, a Portugal,
a los portugueses
y a la lengua portuguesa*

*«...Cuando gentes extrañas la temían y odiaban,
y mucho era ser de ella;...».*

(de «Ser de Sansueña», Vivir sin estar viviendo)

*«... Ama Felipe la calma, la quietud contemplativa:
si un mundo bello hay fuera, otro más bello hay dentro,...».*

(de «Águila y Rosa», Con las horas contadas)

*«... No puedo equivocarme, no debo equivocarme;
y aunque me equivocase haría
Él que mi error se tornara
verdad, pues que mi error no existe
sino por Él, y por Él acertando me equivoco».*

(de «Silla del Rey», Vivir sin estar viviendo)

LUIS CERNUDA

AVISO AL LECTOR

CASUALMENTE SE HAN CUMPLIDO EN 2013 CUATROCIENTOS años de la muerte de don Cristóbal de Moura. Buen motivo para homenajearlo, incluso o sobre todo con una novela.

Poco se sabe de la vida privada de este cortesano, y ello ha permitido al autor novelar algo unos momentos cruciales para la historia de España y Portugal, a través del eje Lisboa, Badajoz, Madrid, e imaginar los avatares íntimos de un hombre inteligentísimo y tenaz, enormemente fiel a sus dos patrias y a su único rey. Pero la imaginación y el oficio literario no habrían bastado para escribir un libro como este, en el que hemos repellado con la argamasa de unos acontecimientos posibles la sólida y conocida estructura de los hechos.

Cristóbal de Moura fue tan decisivo en el proceso de la unificación de ambos reinos que Felipe II le estuvo agradecido toda su vida hasta el fin de sus días, en los que dispuso que fuese Moura la última persona que lo viese desnudo y lo vistiera con una camisa blanca como mortaja. Tal sucedió, y así nos lo refiere el padre Sigüenza en su clásico texto sobre la construcción de El Escorial.

Es también conocida la minuciosidad del soberano. Sus cartas y papeles fueron, son, abundantísimos. En consecuencia, los posteriores estudios al respecto andan tan bien documentados que hubiera sido suicida escribir un texto desviado de la enorme realidad escrita que se conserva. En el tema que nos ocupa, se guarda prácticamente toda la correspondencia —casi diaria, y cifrada en buena parte— entre el monarca y su enviado Cristóbal de Moura, durante las jornadas de este último en Portugal, de 1578 a 1580. Se halla en el archivo de Simancas, que el propio rey dispuso para depósito de papeles de Estado, función que el lugar lleva cumpliendo desde aquellos días.

El eficaz Cristóbal de Moura falleció en 1613, en Madrid, aunque su cadáver fue trasladado a Lisboa, donde recibió sepultura en la iglesia de San Francisco.

Casi todos los lugares, personajes principales y acciones mayores que aparecen en la novela son reales.

Y admitimos que en numerosas ocasiones ha sido preciso rebajar el grado de espectacularidad o aventura del relato, porque la realidad con la que nos hemos topado superaba con creces el espíritu de una novela que, como tal, más que cierta debe ser sobre todo creíble, y por supuesto entretenida, cosa que también se ha procurado.

I

LAS MOSCAS COMENZABAN A ZUMBAR ALREDEDOR DE LA sangre, ya casi seca.

—Hay que enterrarlo; hacerlo desaparecer antes de que asomen los buitres —indicó uno de los hombres—. Los alguaciles se escaman enseguida cuando los ven, y acuden por ver si es persona o animal donde revolotean los pájaros.

—Primero hay que despojarlo. No sólo las cartas. La ropa, las botas. Todo lo que pueda denunciar su origen y a lo que se dedicaba.

El que acababa de hablar tenía acento francés. Portugués desde luego no era, aunque hablase bien la lengua de los otros tres, que ya estaban desvalijando y desnudando el cuerpo de Cándido Bendaña, correo real que había sido hasta hacía unos minutos, cuando fue sorprendido y rápidamente llevado fuera del camino por tres desconocidos, que tras arrebatarse el bolsón con las cartas le habían dado de cuchilladas hasta matarlo.

Bendaña era uno de los correos al servicio de la familia Tassis, quienes disfrutaban el monopolio del servicio en toda España, lo que se extendía a Portugal cuando era internacional la valija. Había cambiado de caballo en la casa de postas de

Elvas, donde descansó un rato antes de seguir hacia Estremoz, con propósito de llegar en día y medio a Lisboa, tras mudar nuevamente de caballos en Évora y en Setúbal, y cruzar el Tajo en la barca, en Aldeia Galega, ya frente a la capital. Esa era la ruta habitual.

Pero Cándido Bendaña no había reparado en un hombre, uno más en la venta, que salió y montó en su mula en cuanto lo vio, y que en uno de los recodos del camino entre los encinares, le había estado esperando junto a otros dos montados, cerca de un barranquillo, lejos de miradas curiosas, salvo la del hombre bien vestido que hablaba con acento y que había visto todo desde un altozano no lejos del lugar.

—¿Y el caballo? —preguntó uno de los portugueses.

—Como queráis. —Se alzó de hombros el extranjero, señalando al anca del animal—. Pero está marcado con un hierro peligroso. Yo lo dejaría suelto, o trataría de venderlo lejos de aquí.

—Bueno, eso es cosa nuestra —indicó el que parecía jefe del trío—. Ahora, el dinero convenido y despedirnos.

—En efecto —dijo el extranjero, llevándose la mano a la bolsa de piel que colgaba del arzón—. Aquí está. No tengo más. Y este caballo mío es difícil de vender. Está marcado con las armas del rey de Francia, por si puede interesaros la información. Además, con la espada no soy malo.

Como para reforzar sus palabras, dio unas ligeras palmadas sobre la bien guarnecida espada que le pendía de un lujoso tahalí. Se apretó la cinta con la que recogía el largo, oscuro y ondulado cabello, y luego abrió la bolsa de piel que colgaba del arzón de la silla. Sacó de ella una pesada talega que entregó al jefe del grupo, tras lo cual, sin más protocolo, indicó:

—Recuerden vuestas mercedes que no me conocen, que no saben quién soy, pero que yo sí sé quiénes son ustedes. No-

sotros sí sabemos quiénes son ustedes. Si nos hacen falta en otra ocasión, ya sabremos dónde encontrarlos. Vuestas mercedes no se preocupen, que yo les encontraré. Hasta el próximo servicio. *Plaisir, messieurs.*

Y metiendo en el bolsón las cartas robadas al correo, se dio la vuelta, hizo trepar a su montura por el talud del barranco y, sin mirar para atrás en ningún momento, estuvo pronto en el camino real donde se puso a buen trote.

* * *

—Pero, pero... ¡Don Cristóbal! ¡Si eso no existe en ajedrez!

—Pues yo insisto, Fernandillo: jaque al peón.

—Pero, pero... ¡Si jugáis mejor que yo! ¡Si sabéis perfectamente que solo se le da jaque al rey, y que sólo a la reina se la avisa también!

—Es que para mí que a ese peoncillo negro le he visto yo mucha cara de querer ser rey, y por eso le doy jaque.

—No, no se lo dais; sencillamente os lo pensáis comer, pero no se dice jaque en este caso.

Don Cristóbal de Moura se recostó en el sillón fraileroy se acarició la barba, que no se sabía si terminaba en punta por naturaleza o por el continuo mesársela suavemente de su propietario, en especial cuando se concentraba pensando. Entornó un poco los ojos, grandes, algo saltones y muy vivos; y mientras se inclinaba despacio hacia su contrincante, inició una de esas sonrisas que su paje conocía bien en cuanto a desbaratar a su oponente cuando conversaba, cuando discutía, cuando quería ser cáustico. Por encima del tablero acercó don Cristóbal su rostro; tanto, que en el brillo de los grandes ojos verdiazules del muchacho se vio el diplomático a sí mismo un instante, minúsculo y curvo.

—Fernando —le dijo con sorna—, es que ese peoncete quiere ser rey de Portugal en cuanto la ocasión se tercié. Y a cualquier precio, que es lo peor. Lo sé de buena tinta. Y desde hace tiempo, tanto como puede saberlo el rey Felipe nuestro señor o cualquier pelagatos de este reino. Ese que ahora ves como peón es para mí don Antonio, el que fue prior de Crato, que aún mantiene el apodo aunque sabes que hace tiempo colgara los hábitos.

—Pero aún vive el rey, señor —comentó el paje.

—Pues yo me juego la cabeza a que en cuanto Dios Nuestro Señor llame a su lado al cardenal don Enrique, cuyo cuerpo está deseando abandonar este valle de lágrimas, como sabes, pues que sencillamente va a querer ser rey de Portugal el tal don Antonio, ea, sin que le importe la bastardía de su origen ni el derecho que nuestro señor don Felipe tiene, ni las amigables relaciones que aún mantiene con nuestro soberano. Por eso, Fernando, por eso quiero avisarle a ese peoncillo aventurero de que le doy jaque, de que se guarde, que don Cristóbal de Moura se lo piensa comer..., como se comerá tu peón en el tablero si no lo mudas o lo proteges.

Ya a la mitad del discurso de don Cristóbal había aparecido una blanda sonrisa en el paje, que sin apenas retirar el rostro de la cercanía del de su señor terminó en franca carcajada.

—¡Acabáramos, don Cristóbal! No sabía que estabais hablando figurado. Creía que esto era el ajedrez, no la política ni la guerra.

—¿Has visto tú algo más político, más militar que el ajedrez, Fernandillo?

Y don Cristóbal de Moura enderezó el cuerpo a la vez que detenía la sonrisa en uno cualquiera de los numerosos pasos en que sabía graduarla y mantenerla durante una frase o a

veces toda una conversación. Aquel dominio de los resortes del rostro era otra de las cosas que fascinaban a Fernando respecto de su señor.

Y si fuera solo el rostro. Y si fuera solo a Fernando...

Atravesaban mientras el salón algunos mozos llevando muebles, alfombras, tapices o cajones con útiles domésticos que descargaban de los dos carros que habían acompañado a don Cristóbal y su comitiva desde Madrid a Lisboa.

El enviado del rey de España había conseguido una buena casa en la capital portuguesa, con patio y pozo de agua propia, en la calla de la Cordelería Nueva, casualmente cerca de la calle de las Flores, donde el mismo Moura había venido al mundo hacía cuarenta años. El nuevo domicilio caía no lejos de la Puerta de Santa Catalina, y estaba a poca distancia del palacio de los duques de Braganza y del monasterio de los franciscanos. Era aquella una de las partes más elevadas del llamado Barrio Alto de la ciudad, y desde el lugar la vía enfilaba derechamente hacia el puerto, tras el cual se percibía lejana la orilla opuesta del río Tajo, muy escarpada en aquel punto.

Ahora, los dos sillones y la mesita del ajedrez eran por el momento el único mobiliario en la habitación donde se disputaba la partida, sin hacer caso los jugadores a las voces, órdenes y disposiciones de los criados, de Tomé Figueira, secretario de don Cristóbal, y sobre todo de Herminia, la enérgica cocinera y ama de llaves a cuyo cargo había quedado la distribución y disposición del mobiliario en la nueva vivienda lisboeta.

Acababa de llegar Cristóbal de Moura a la capital portuguesa en la soleada pero poco calurosa mañana del 25 de agosto del año del Señor de 1578, aquel mismo año que sería llorado en Portugal y en toda la cristiandad como el año del desastre de Alcazarquivir, donde hacía tres semanas había perecido la

flor de la nobleza lusitana y muchos caballeros y soldados, amén de no pocos de los españoles que acompañaron al atolondrado rey don Sebastián, quien deseando conquistar África para Cristo y para Portugal —según propias palabras—, había encontrado la muerte en una de las batallas más sangrientas e infructuosas de las que se tenía memoria. Los tres reyes que la protagonizaron habían desaparecido en ella: don Sebastián, el derrocado jeque de Marruecos, al-Mutawaki, y Abd-el Malik, el soberano titular del reino. Hasta el punto que ya se conocía la batalla como «la de los tres reyes». Pero los moros habían quedado por indiscutibles vencedores, ricos ahora en despojos y en cautivos cuyos nombres se iban conociendo en España y sobre todo en Portugal, con el consuelo de saberlos vivos y la congoja de no volver a verlos hasta que pudieran pagarse los altos precios de los rescates.

En Portugal había accedido al trono el regente durante la aventura africana del rey: era el anciano y achacoso cardenal don Enrique, tío de don Sebastián y hermano del que había sido su abuelo, don Juan III. Para don Enrique no eran nuevos los deberes áulicos. Ya había sido antes regente durante la infancia del rey don Sebastián, a causa de la temprana muerte de su padre, el infante don Juan Manuel, hijo de Juan III.

Quedaba abierto así un agudo conflicto en la monarquía portuguesa que, tras la muerte previsiblemente cercana del cardenal rey, se veía con tres candidatos al trono, primos hermanos entre sí y presumiendo todos mayor derecho: Felipe II de España, hijo de la infanta mayor, doña Isabel; doña Catalina, hija del infante don Duarte, y duquesa de Braganza por matrimonio; y don Antonio, hijo bastardo del infante don Luis, a quien su padre obligó en su día a tomar las sagradas órdenes, aunque el pretendiente colgó los hábitos a poco de la muerte del licencioso autor de sus días.

La madre del rey don Sebastián, doña Juana, hermana de Felipe II, había vuelto a España en 1554 nada más fallecer su joven esposo, dejando al pequeño Sebastián para ser educado en Portugal por don Enrique para el oficio de rey.

Como menino al servicio de la viuda doña Juana, llegó a España en su día Cristóbal de Moura, con dieciséis años de edad. En el cuarto de siglo transcurrido se hizo apreciar en la corte de don Felipe, y especialmente por el propio rey. Moura dominaba ya el castellano hablado y escrito como si hubiera nacido en la casa junto a la suya, a decir de Antonio Pérez, secretario del rey y amigo de don Cristóbal.

Felipe II consideró a Moura el hombre perfecto para iniciar sus negocios sucesorios en Portugal; lo sabía observador, perspicaz, trabajador, imaginativo, leal, conocedor a la perfección de los dos países y las dos lenguas, y además soltero, algo que el rey apreciaba mucho para exigirle la completa dedicación que el tema requería.

—Y ahora, encima —dijo don Cristóbal apartando los ojos del tablero de ajedrez—, este doliente rey Enrique, que no me quiere recibir hasta que lo sea, hasta que lo juren, o yo que sé, dentro de un par de días.

Fernandillo se encogió de hombros como toda respuesta a unas palabras que eran más un monólogo de desahogo que un verdadero intercambio de opiniones.

Pero el paje estaba acostumbrado a escuchar a su señor, a dejarlo hablar. Sabía que en su silencio y su mirada atenta hallaba don Cristóbal un interlocutor correspondido y suficiente para muchos pensamientos que con frecuencia no tenía con quién compartir, dado lo ingrato de sus últimas misiones y la soledad en la que se veía obligado a trabajar, a intrigar, aquel portugués español o español portugués que le había tomado a él, Fernando, de paje, hacía ahora seis años, en unas condiciones increíbles.

Las voces de Herminia a uno de los mozos hicieron a don Cristóbal levantar los ojos del tablero.

—¿Qué es ello, Herminia, que tantos gritos provoca?

—Señor —apareció sofocada la mujer, con un mozallón cogido de un brazo—, uno de los jarrones valencianos, que este desgraciado lo ha dejado caer y se ha hecho añicos.

—¿Solo uno?

—¿Os parece poco, señor?

—He mudado muchas veces de domicilio, y las que me quedan, mujer. En todas se rompe o extravía algo. Esperemos que sea lo único.

—Pero tendrá que pagarlo, señor, ¿no?

—No creo que un año gane este mancebo para pagar lo que ha quebrado. Despídelo, simplemente, no sea que rompa más cosas... Y cuida que no se lleve nada consigo al irse.

—Hágase el señor de miel y se lo comerán las moscas. En fin, como diga el señor —dijo secamente Herminia mientras se giraba con su presa.

Herminia era una mujer de genio, eficaz, cumplidora, formal, según había podido comprobar Moura en los trece años que llevaba a su servicio. Andaría cercana a los sesenta, y físicamente no era, no había sido nunca demasiado agraciada; tampoco muy alta, pero compacta de carnes en un esqueleto sólido. Lo que sí poseía era unos ojos oscuros, serenos, bellos incluso, que salvaban a un rostro redondo de facciones rudas y una nariz a juego, carnosa, así como ambos labios. El cabello era oscuro, muy ensortijado, casi como el de una negra, por más que su piel fuese bien blanca, lo que justificaba sus respuestas airadas a cualquier referencia o comentario respecto a tener antepasados del continente vecino.

No tenía Herminia mal caletre, aunque limitado a la jurisdicción doméstica, con la ventaja de saber que aquel campo de acción

era suficiente para su existencia. Había quedado viuda de joven y se negó a casarse de nuevo. Era mujer extraordinariamente limpia y aseada de su persona, requisito que don Cristóbal requería o imponía en todos los miembros de su servicio, quizá como una prolongación de su propio y cuidadoso concepto de pulcritud.

Pero Herminia, aparte de otras cualidades, poseía una mano fabulosa para la cocina, habilidad que agradecía sobremanera su señor y provocaba no pocos comentarios encomiásticos o envidiosos, cada vez que aquel cuarentón soltero invitaba a comer a algún amigo o conocido.

—Definitivamente —suspiró don Cristóbal mientras se levantaba—, esto de las mudanzas no pone de muy buen humor a nuestra buena Herminia, Fernandillo. Mejor nos vamos a pasear por la ciudad, que tantas ganas tenéis de verla, por más que os vaya a sobrar tiempo, vistas como están las cosas y las largas jornadas que veo que se nos avecinan aquí.

—¿Dejáis a Herminia y a Tomé solos con este ajeteo, con lo mal que se llevan y sin que quede claro quién queda al mando de ordenar la casa?

—Solos quedan, y que aprendan a soportarse, puesto que tantos días se les vienen juntos en esta tierra para ellos extraña. Además, ya les he distribuido jurisdicciones: Tomé todo lo que sean libros, papeles y los muebles que los guardan. Herminia, todo lo demás.

No se había acabado de encasquetar Moura el sombrero cuando apareció su secretario Tomé junto a otro hombre, esquivando a dos mozos que introducían un bargueño en una de las habitaciones.

—¡Señor, señor, correo de España! Y con orden de dároslo en propia mano, como siempre.

—¡Ah! es Chinchilla. ¿Cómo andáis, mensajero de los infiernos?

—No tan bien ni tan descansado como vos, don Cristóbal —contestó sonriendo el aludido—, que en cinco días me he hecho la posta desde el Alcázar de Madrid hasta aquí. No sé de nadie que la haya corrido en menos tiempo.

—Ni lo sabrás, Chinchilla. Sabes que eres el mejor, y por eso te tienen nuestro señor el rey y el jefe de los correos reales, el bendito conde de Villamediana.

—Que ya me podía aumentar la soldada, aunque solo fuera por los huesos y las posaderas, que se me descuadernan en cada viaje de estos.

—Pues me temo que, dadas las cosas, vas a tener que volver igual de veloz, aunque yo te daré algo que te compense por el trote. Y tú, Fernandillo —indicó a su paje—, vete a dar el paseo solo, si quieres, que yo he de despachar. A la hora del almuerzo nos vemos, que tal como está aún de desgobernada la casa, creo que lo haremos en el figón que hay calle abajo.

Fernando se despidió con pocas palabras más y un gesto de resignación tristonza, mientras los tres hombres pasaban a una de las habitaciones, con pocos muebles, y estos aún al retortero.

—Siento recibirte aquí Chinchilla —dijo Moura tras cerrar la puerta— pero no hay por ahora lugar a propósito, aunque luego te acercas con Tomé al figón a refrescar el gazzate, con tu gente, que alguien habrá venido contigo.

—Sí; dos de escolta, señor. Buenos mozos. Abajo quedan con los caballos.

El tal Chinchilla rondaría la cincuentena, era delgado y de estatura media, pero en la forma de moverse se le adivinaba fibroso y ágil. Tenía el rostro bien formado pero con más arrugas de las que sus años pedían. Requemado por soles y lluvias, parecía mulato más que blanco, aunque lo desmentían unos ojos muy azules y un cabello desordenado, liso y trigueño.

Tomé Figueira, el secretario, era muy distinto. Parecía el clérigo que sin duda había sido durante años, por más que él nunca quisiera hablar de un periodo de su vida que le había dejado un aire circunspecto en su estrecha y alargada humanidad, casi siempre vestida de negro y coronada con una cabeza grande y redondeada, pálida y prematuramente calva, milagrosamente en equilibrio sobre un cuello muy delgado, y desde donde dos ojos hundidos pero vivos escrutaban de continuo a uno y otro lado, mientras la boca, apretada en una línea, solo se abría para hablar, recuperando de inmediato su cerrazón habitual. Las manos eran sarmentosas y escurridas, como sin duda los brazos que jamás mostraba, y se movían a una velocidad asombrosa al escribir, fuese en portugués o en castellano, idiomas que dominaba, así como su gallego natal, además del latín, de lo que se concluía su pasado eclesiástico o al menos frailuno, por más que él nunca lo refiriese y don Cristóbal aceptara aquel silencio en su historial a cambio de sus buenos oficios como latinista y secretario.

Chinchilla sacó de su mochila ferrada dos tubos de metal y se los alargó a don Cristóbal que los tomó, comprobó primero el sello real intacto de los lacres, abrió ambos recipientes y sacó una carta de cada uno, asimismo lacradas, y cuya integridad de los sellos también comprobó.

—Tomé, vete con Chinchilla y los otros al figón. Que coman lo que les apetezca. Dile a Antonio o a Ismael que se ocupen de los caballos y los metan por la puerta de atrás al patio. Cuando acaben, venid los dos. Y dile a Herminia que no me moleste nadie hasta que tú vuelvas. Le das luego a Chinchilla diez reales.

—Se agradece, señor —dijo el correo con una ligera reverencia.

Tomé Figueira bajó un instante la cabeza como asentimiento y salió con Chinchilla, cerrando la puerta tras de sí.

Moura estaba acostumbrado a aquellas breves reverencias como toda respuesta, pero no le importaba, a cambio de la eficacia de su secretario. Solo le preocupaba que en una de aquellas salutations se le desprendiera la cabeza a Figuiera, que tal parecía que iba a ocurrir, de tanta que era y de tan delgado el cuello.

Luego echó el cerrojo al cuarto, se asomó un instante a la ventana, que daba a la plaza donde arrancaba la calle. Se sentó después en uno de los baúles y rompió el lacre de una de las cartas. Era un pagaré real de 4.000 ducados, pagaderos en la oficina de un comerciante lisboeta, uno de los cristianos nuevos que él conocía. Se lo guardó en el bolso de cabritilla que llevaba bajo la camisa y abrió la segunda carta.

Llevaba la firma del secretario de Estado para asuntos de Portugal, Antonio Pérez, y la del rey, que añadía alguna posdata de su propia letra, como solía, pero el resto estaba toda ella cifrada, también como siempre últimamente; y no con la que llamaban cifra general, sino con la particular que se le había dado a él en exclusiva para aquella misión. Seguro que era Luis Valle de la Cerda quien la había escrito, el cifrador más experto del rey y a quien se había encargado en exclusiva aquel código singular.

Moura miró instintivamente hacia la puerta antes de echar mano a la espada, de cuya vaina movió el tope superior, que se desplazó hacia abajo dejando a la vista un receptáculo aplastado en el que había bien plegado un papel de seda que desdobló. Era la cifra.

A falta de pluma echó mano de uno de los carboncillos que siempre llevaba consigo para tales contingencias. En una hoja en blanco de las que también llevaba siempre en la bolsa del pecho descifró la carta, lo que le llevó casi media hora. La leyó luego varias veces. Después rompió la carta y su descifra-

miento en mil pedazos, cuidando de pulverizar bien el lacre en la palma de la mano, ayudado del pomo de su daga. Pensó echar todo a volar por la ventana, pero intuyéndose vigilado, no quiso dar la menor pista sobre su correspondencia y se metió los papelillos en el hondo bolsillo de los gregüescos. Ya lo tiraría más tarde en lugar seguro. Enfundó la daga, volvió el código cifrado bajo la vaina de la espada, y se dirigió despacio y pensativo a la ventana. La abrió, apoyó las manos sobre el alféizar y respiró el aire suave y marino que el viento del suroeste traía aquella mañana a Lisboa, mientras los ruidos callejeros, las voces y el graznido de alguna gaviota, más que distraerle, le acunaban los pensamientos.

Lisboa, antes que nada. Lisboa, otra vez, tras tantos años, ahora con la perspectiva de una larga estancia. Asomó un poco el cuerpo por la ventana y miró hacia el castillo de San Jorge, a su izquierda. Luego se quedó un rato mirando al ancho Tajo, a la lejana orilla fronteriza, a los galeones, a las carabelas que asomaban los extremos de sus mástiles por encima del caserío junto a la orilla, a las pocas galeras y a las muchas barcas de distintos tipos que bajaban, subían o cruzaban al otro lado del estuario. Detuvo la mirada sobre el movimiento de gentes y mercancías en la parte que veía del puerto, al fondo, cuesta abajo de la calle. El Tajo que siempre, desde niño, gustaba de contemplar un rato cada vez que podía; aquella vena vital que suplía a Lisboa de la sangre, la vida de sus colonias y del mundo. El Tajo, lo único que realmente había siempre echado de menos en sus largos años españoles. Ahora, al alegrarse tanto de verlo, lo sabía de veras.

Luego miró hacia la derecha, donde casi podía ver su antigua calle, en la loma de al lado. La vieja calle de las Flores guardaba toda su infancia, como el castillo de San Jorge su primera juventud, sus amores iniciales, sus decepciones primeras,

su agradable vida en la corte portuguesa, antes de marchar a España.

España era una palabra que había sido continuamente pronunciada desde pequeño a su lado: con afecto o con aprensión, con cariño o con aborrecimiento, con ternura o con odio, pero siempre con cuidado, nunca con burla o desdén. Para bien y para mal, España siempre terminaba como referencia obligada en casi todas las conversaciones que recordaba en la casa de sus padres, en la corte de los Avis luego, en bocas de cortesanos, de servidores, de gentes del común en la calle. Más tarde, en el inolvidable servicio de doña Juana, en su ida de Portugal, una vez viuda la reina, España fue tomando forma de lengua, gentes, usos, paisaje, rostros, olores, e incluso de dulces tactos clandestinos; mientras Lisboa, siempre en el centro del corazón mantenía la blandura, el calor primero, el descubrir del mundo. Pero tras tantos años en España llegó un momento en el que memorias, experiencias, cuitas y deseos se mezclaron de forma que no sabía bien si una sensación, un pensamiento, estaba hecho de semillas de un país o del otro. Y comprobó con asombro que no le importaba, que cuando alguien le preguntaba por su nacionalidad decía a veces portugués antes que español o viceversa, según sintiera en aquel instante, y nunca mintiéndose, nunca traicionándose, tras casi un cuarto de siglo en aquella segunda patria suya que se había engarzado con la primera dentro de sí, de forma que cada vez le era más difícil sentir dónde acababa una y empezaba la otra.

Y ahora, allí, de nuevo en su Lisboa de niño que apenas había cambiado, con la delicadísima y enorme labor de procurar nada menos que la construcción de un partido castellanista lo más fuerte posible. Para unir pacíficamente bajo un solo rey aquellas dos Coronas, como en su día sabía que se habían unido León y Castilla, o más tarde Castilla y Aragón. Ahora, un

paso más para recuperar la vieja Hispania bajo un solo cetro, para una Hispania geográfica casi rodeada toda por el mar, con un increíble imperio ultramarino que las cortes europeas ya temblaban de solo pensar en su unificación, y que harían todo lo posible y más para que no se consumara, como ya sabía que estaba urdiéndose en Inglaterra, y sobre todo en Francia, por no hablar del Vaticano, donde el viejo e ingrato Gregorio XIII, que no hubiera salido papa sin el apoyo de Felipe II, ya había comunicado su preferencia por las dos Coronas separadas, sabía Dios por qué temerosas razones; quizá con el recuerdo del saqueo de Roma por las tropas imperiales el mismo año que nació el rey Felipe.

A él, a Cristóbal de Moura le estaba encomendada una labor cuyo alcance solo él y el rey don Felipe conocían al completo... Claro, claro, pero bien estaba don Felipe allá en el alcázar madrileño o revisando los remates a su obra magna de El Escorial, pensó. A él, Moura, allí, en su Lisboa de niño le tocaba levantar a pulso el partido castellanista, casi de la nada, como Dios había hecho el mundo. Igual de difícil, pero con muchos menos poderes; con mucho mayor mérito por tanto, si triunfaba.

Se pasó una mano por la cara, arrepintiéndose de la comparación irreverente y se retiró hacia adentro, cerrando la ventana. Pasó junto al gran espejo de calidad que con extremo cuidado había llegado desde Venecia a Valencia, desde Valencia a Madrid, y ahora a Lisboa.

Se ajustó el cuello de la camisa valona. Mucho más cómoda que la gola. La gola solo para solemnidades y visitas de importancia. No sabía cómo don Felipe la soportaba a diario. Cosas suyas. Una más. Se ajustó luego el cinto y el tahalí con la espada, siempre presta a su costado.

Se miró el rostro en el espejo. Se vio cansado, con las bolsas de los ojos algo más pronunciadas del poco y mal dormir en

los traqueteados días del viaje. Se miró con una mezcla de curiosidad y simpatía, como si quisiera descubrir en su propia mirada algún pensamiento que no había podido salir en su reflexión anterior, o como si quisiera dar ánimo a aquellos ojos suyos que lo miraban y se miraban. Sus ojos, color verde amarillado, color miel de caña, como le decía la reina doña Juana riendo. Cuando ella vivía. Ojos grandes, algo saltones incluso, observadores, atentos, con unas cejas con tendencia natural a alzarse, la nariz bastante regular y la boca carnosa, más bien prieta y con un labio inferior algo prominente; la cabeza bien formada, el cabello castaño, corto y no muy espeso, y la barba poco poblada salvo en la perilla, que se dejaba a propósito, a juego con el bigote, para aparentar más densidad. Había que recortársela un poco ya. Mañana; mañana con la primera luz. Y las orejas, ¡ay, las orejas! Nunca se acostumbraría a ellas, grandotas y bastas, bastas como sus manos, las otras partes de su cuerpo en disonancia con el resto. Sus manos grandes y fuertes, en desproporción con su persona, con los dedos anchos y las venas muy marcadas, como si hubiera estado trabajando la tierra más que los papeles; sus manos en apariencia tan toscas, pero luego tan diestras para la espada y para tirar de las riendas desde las dos sillas, la española y la portuguesa. Sus fuertes manos, tan delicadas también para tantas cosas, sobre todo para el amor. Hubiera querido ser también un poco más alto, pero no estaba mal. Era prácticamente como el rey Felipe, y por ello se miraban a similar nivel físico cuando hablaban. Eso le gustaba: aquella parcela de igualdad con la persona que más apreciaba en el mundo, a la que se había propuesto servir en todo y a fondo mientras pudiese, a la que iba a dedicar ahora lo más granado de su experiencia, de su saber, de los largos años conociendo a los hombres, con sus debilidades y fortalezas. A su rey, su único rey, sobre todo desde la muerte de su señora doña Juana.

El mes siguiente iban a cumplirse cinco años, por cierto. Pero no, mejor no pensar ahora en doña Juana. Era aún demasiado el dolor al recordarla, y el dolor había que aceptarlo solo si no había remedio, pero no buscarlo con la fruición con que el penitente ansía el castigo.

No, doña Juana, ahora, no. Ahora había que escribir la respuesta y cifrarla para que Chinchilla estuviera de vuelta hacia España aquella misma tarde.

* * *

—A ver, Zayas —indicó con voz suave el rey Felipe—, dejad lo que estáis escribiendo y hacedme la caridad de traer mi recado de escribir y la cifra para Moura, que se nos han quedado varias cosas en el tintero en la última misiva. Y que venga Pérez también. Lo de Portugal es ahora lo primero, ya sabéis.

Don Felipe solía ser seco cuando hablaba u ordenaba, que en él resultaban la misma cosa, pero Gabriel de Zayas había tenido tiempo sobrado de hacerse al humor del soberano. Casi veinte años en los oficios de palacio no habían pasado en balde, y el monarca, prácticamente coetáneo suyo, era cualquier cosa menos imprevisible o caprichoso. Conocía su minuciosidad, su desconfianza, su buena memoria, su laboriosidad, su pertinacia, y por supuesto sus ambiciones, casi sus sueños, y todo ello era de una gran ventaja, por saber prácticamente siempre lo que podía esperarse, cuándo y hasta qué punto.

—¡Ah! —añadió el rey— y haced que venga luego Luis Valle. Hay que cifrar esas cartas. Las de Portugal, todas. Y que venga Alba. Creo que anda en la armería. Decidle también a mi secretario personal, a Mateo Vázquez, que no lo necesitaré esta tarde, que vaya informándose de cómo andan las obras, haga un sumario y me lo cuente mañana.

—Enseguida, majestad —dijo el fiel secretario antes de retirarse.

El rey quedó unos minutos a solas. Se levantó con cierta precaución debido a la gota —sí, debía de ser la gota, que volvía a molestarle por más que no quisiera pensar en eso—, y fue hacia la ventana de la torre. Estaba abierta y entraba por ella ruido de martillos, palaustres y piquetas, y las voces de los albañiles. El bendito alcázar madrileño, siempre con alguna obra, algún reparo, algún añadido. Y casi siempre sin que se apreciaran los resultados. Qué distinto en El Escorial. Allí, eficacia, orden, progreso imparable de las obras cuyo final estaba cada vez más cerca. Por eso le impacientaba más. Bueno, al menos podía irse ya allí a sus aposentos cuando quisiera. Ya era algo. Tampoco es que fueran muy extensos en comparación con el conjunto del edificio. Pero bastaba para él y los suyos. El edificio era sobre todo para Dios. El rey tenía bastante con unas pocas habitaciones. El resto, el grandioso resto, para asombro de los hombres, y sobre todo para Dios, que lo guiaba, a quien se encomendaba todos los días, el que en sus inscrutables designios había puesto sobre sus hombros la irrenunciable tarea de gobernar a la católica España y su imperio, y en cuya labor se volcaría con todas sus fuerzas mientras ese mismo Dios le diese vida.

Se llevó la mano a la frente, hizo con ella de visera y sus grandes ojos azules quisieron percibir las formas de El Escorial en la lejanía de la sierra, aunque el sol enfrentado y la bruma del atardecer veraniego le estorbaban la visión. Mañana, sí, mejor mañana, con el catalejo que le había traído Alba de Flandes. Qué pena que tan buenos artesanos fueran tan incómodos súbditos...

Dos golpes secos en la puerta. Alba sin duda, por la fuerza de los golpes.

—Pasad.

En efecto, se abrió la puerta, y de inmediato hizo el rección llegado una reverencia marcial. Alba. Serio como siempre lo había conocido, con la barba y el cabello rizados y ya canosos, como un carnero viejo. Respetuoso, seco, poco hablador, imponente dentro de su ancianidad, espigado, firme, derecho como un huso, con aquellos ojos, de los pocos pares de ojos que le aguantaban tranquilos la mirada. Setenta años, o quizá fueran ya setenta y uno, capaz de marchar con sus soldados campo a través como si tuviera la mitad de sus días. Implacable, duro, quizá cruel, eficaz, sencillamente necesario.

—Me llamabais, majestad.

—Sí, duque, quiero vuestra opinión para una cosita de Portugal.

Don Fernando Álvarez de Toledo esbozó una sonrisa microscópica; de las pocas que se le conocían. Sabía que «una cosita» era la expresión que el rey solía usar para referirse a algo de cierta enjundia.

—Lo que dispongáis, majestad.

—Ahora vienen Pérez y Zayas. Quiero escribir a Moura, pero me gustaría consultaros antes al respecto. Es sobre los cautivos de Alcazarquivir. Los españoles y sobre todo los portugueses. Y de las defensas de tierra en la costa andaluza, vistas las circunstancias.

—Las defensas están revisadas, majestad. Me permití enviar órdenes y refuerzos en cuanto supe lo del desastre africano. Los males raramente vienen solos. Pero ya sabéis que sin las galeras de Andrea Doria la vigilancia anda flaca.

—Está avisado Doria. Y esperemos que lo de la tregua con el turco sea cierto. Todos los espías han confirmado la disminución de movimientos en puertos y arsenales. Se ve que a ellos también les conviene.

—Me fío menos del turco que de los rebeldes flamencos, majestad. Y de los berberiscos aún menos.

—Y yo, duque, y yo, pero hemos de correr ese riesgo y confiar en la providencia.

—Que tiene la costumbre de ayudar más a quien tiene más y mejores tropas.

—Alba —sonrió levemente el rey—, quizá deberíais rezar un poco más y guerrear un poco menos...

—¿Me quiere fraile su majestad? Un poco tarde, ¿no?

—Nunca se sabe, duque; los caminos del Señor son inescrutables, como sabéis.

—Como he experimentado en más de una ocasión.

—Pues eso, Alba, aunque mientras vuestra señora esté bien de salud..., lo de las órdenes religiosas lo dejaremos en suspenso.

—Para mí que aunque Nuestro Señor la llamase a su seno, no me veo yo con capucha y en sandalias.

—Torres más altas han caído, Alba, o acaso iguales. Recordad a Francisco de Borja, el que fuera marqués de Lombay, que acompañó el cadáver de mi madre a España. Y ahí lo tenéis ahora, predicando por esos mundos.

No respondió nada el duque, salvo un leve encogimiento de hombros que podía significar cualquier cosa. Llamaron entonces a la puerta, y dada la venia entraron Gabriel de Zayas y Antonio Pérez, no sin insistir sonrientes en cederse el paso uno al otro.

El rey sabía que sus dos secretarios de Estado se odiaban, pero no solo se guardaban muy mucho de mostrarlo en su presencia, sino que ante él parecían dos amigos de toda la vida, e incluso las discrepancias iban envueltas en la más exquisita delicadeza. Disfrutaba de ello el rey Felipe, quizá por palpar así uno de los más eficaces atributos de su presencia y su poder.

Que en asuntos de Estado aquellos dos funcionarios tan eficaces colaborasen como dos piezas de una maquinaria perfectamente concertada, aunque fuesen de tan distinto material, le proporcionaba una especie de placer de artífice que consigue la conjunción de dos sustancias que se repelen pero que la destreza consigue ensamblar. La enemistad no era ningún secreto, una vez fuera de la presencia real. No se saludaban al cruzarse, y en lo personal echaban pestes el uno del otro, cosa que llegaba al bien informado rey por medio de porteros, cocheros, correos, criados diversos y sobre todo por los llamados hombres de placer, Tristán, Morata, y Estanislao. Aquellos tres bufones cortesanos constituían el cogollo del servicio secreto dentro de palacio, y con la excusa de aliviarse con sus chistes y agudezas los recibía frecuentemente el rey a solas, y hurgaba así en los dimes y diretes, los latidos de la corte, los pocos que se escapaban a una red de informadores que la obsesiva desconfianza real nunca consideraba suficientemente tupida.

A la gravedad, el aplomo, el cuerpo rechoncho y las muchas canas de Zayas se oponía el insultante aire juvenil y desenfadado de Pérez, de buena planta y magníficamente conservado para sus treinta y muchos años, a más de una agudeza y simpatía naturales que, para mayor fastidio hacia el otro secretario, iban unidas a una imperdonable fama de éxito con las mujeres y una irritante perspicacia para ver de un golpe aspectos o soluciones a las que Zayas llegaba por caminos mucho más trabajosos.

—Os he llamado —dijo el rey reclinándose en su sillón fraileroy repartiendolequitativo la mirada entre los tres hombres— para que me aconsejéis en el asunto de Portugal. Iré derecho a ello. Acaba de llegar correo de Moura. Me pide varias decenas de firmas en blanco para futuras mercedes, nombramientos, promesas o lo que se vea. También que lo nombre

embajador oficial, no solo representante. Y que gastemos más dineros en redimir cautivos, no solo españoles sino portugueses. Y me adjunta una lista con los que parece que aún están vivos y cuyo rescate sería preferente por ser sus familias inclinadas a la unión de las Coronas. Dadme vuestra opinión. Los tres.

—Si se me permite —se adelantó Alba—, yo conozco poco el negocio portugués majestad. Creo que mejor Zayas y Pérez podrían hablar de él. Lo que sí me atrevo a recomendaros es que hagáis caso en lo de los cautivos. Si lo dice Moura, él debe saber quiénes y quiénes no.

—Eso es lo raro —dijo el rey—, que entre los cautivos está el hijo mayor de la casa de Braganza, el duque de Barcelos, un muchacho de doce años aún, casi un niño, y no lo mete en la lista. Incluso dice que a ese, de los últimos. Me apena el caso.

—No os apene, majestad —replicó Perez—, que si Moura lo dice será por algo, y me atrevo a pensar que el vástago de los duques de Braganza sería más de estorbo que de favor una vez en Portugal. Pensad que en él concurren la familia más noble y antigua del reino por parte de su padre, y la dinastía de Avís en su madre, vuestra prima Catalina, que también reclama el trono. El duquesito reforzaría la posición de esa rama.

—Sí —replicó Zayas mirando solo al rey—, pero el agradecimiento de los Braganza podría ser tal que dejaran a un lado su puja por la Corona.

—El pan comido, la compañía deshecha —ironizó Pérez—. Las ofensas se perdonan o no. Los favores, y más tan grandes, pocas veces. No se pueden devolver, y ello humilla en exceso.

—Yo me atrevo a estar con Zayas, majestad —terció Alba—. Sería cicatero liberar a otros más viejos y dejar a un muchachillo tal entre la morisma. Creo que los Braganza os

perdonarían menos el abandono que el favor. Lo que no sé es por qué no lo liberan sus padres.

Tardó unos instantes en responder el rey, y cuando lo hizo tenía en los labios una de las ligeras, breves sonrisas que se le conocían.

—En realidad he querido pedir os opinión sobre esto tras haberlo ordenado ya. Están librados los dineros a Medina Sidonia para que envíe a sus alfaqueques a redimir a una sesentena de portugueses, a cuenta de la Corona de España. Para nadie es un secreto que en estos momentos estamos en mejor relación con el sultán, y las noticias llegan a Madrid antes que a Lisboa. Por eso me he adelantado, aunque veo ahora que no he coincidido con Moura en mis preferencias. Ni con Pérez. Efectivamente, el duquesito, el presunto heredero, iba en cabeza de la lista que he enviado a Medina Sidonia y que le habrá llegado ya o estará a punto. Ya no es posible desdeirse sin ofensa para los Braganza, que acabarían enterándose de la alteración.

—Entonces, ¿vuestra consulta a ese respecto, majestad...? —preguntó Pérez con aire desconcertado.

—Nada; era para ver si coincidíamos. No vamos a conseguirlo en todo, Pérez. No van a ser siempre tan parejas nuestras opiniones... En lo que sí espero que coincidamos es en lo de las firmas en blanco y en lo de hacer embajador a Moura. Decidme.

—Opino que sí —indicó Zayas.

—No puedo estar más de acuerdo con don Gabriel —se sumó sonriente Pérez.

No era la primera vez que el rey comprobaba cómo, en algún asunto, alguno de los dos secretarios subrayaba su coincidencia con el otro, solo para así tener más visos de ecuanimidad al discrepar más a sus anchas en otra materia.

—Opino que sí en lo de las cartas —aclaró Zayas—. Lo de embajador me parece prematuro. Para esa labor tan crucial hay gentes de más renombre, de más fuste entre la nobleza española, cuya lealtad está absolutamente fuera de dudas, y sobre todo, cuya experiencia es harto mayor que la de Moura.

Pérez, pese a su conocida sangre fría y presencia de ánimo, acusó el golpe, miró nerviosamente a los dos hombres unos instantes y tardó en responder.

—No, majestad, no lo veo yo así. Moura es hombre más que fiel. Lo venís comprobando desde hace mucho. El año pasado, las entrevistas de Guadalupe con el rey don Sebastián, que santa gloria haya, si es que en realidad ha muerto, las preparó por completo él solo. Y todo salió magnífico, de no haber sido por la irremisible testarudez de vuestro primo. Además, su fidelidad está a prueba de todo, y nadie, nadie como él conoce Portugal y a los portugueses.

—Sí, pero el cargo es el cargo —insistió Zayas—, y no se recibe igual a un don nadie, que para ellos Moura lo es, que a un noble de primer rango.

—La verdad es que, sin conocer a fondo el tema —intervino Alba aparentando despreocupación—, el asunto es y va a ser muy delicado. Un embajador genuinamente español, y de alcurnia, sería más digno de representaros. Y los hay con tanta o más experiencia que Moura en asuntos extranjeros.

Don Fernando Álvarez de Toledo había dicho las últimas palabras más despacio y mirando directamente a Pérez, que aguantó la mirada y abrió ya la boca para responder, cuando el rey alzó una mano autoritaria.

—Basta, señores, no sigamos por ahora. Gracias. Lo pensaré, y luego a la noche subid Zayas y Pérez al despacho y remataremos el caso. Os agradezco a todos vuestro interés. Podéis dejarnos. Vamos a dar un paseo con la reina antes de que

anochezca, que los reyes también tenemos un cuerpo que precisa asueto, y un corazón como todo el mundo.

Se levantó el rey en las últimas palabras, tras las que los cortesanos hicieron una reverencia y salieron.

Felipe se quedó unos instantes solo y ni siquiera llamó a su ayuda de cámara para que le calzara las botas y atase las espuelas. Le había indicado el doctor Vallés que, contra la gota, le haría bien doblar a veces el espinazo para estirar músculos y huesos. Si así era, qué mejor y breve ejercicio que el que ahora estaba realizando, purgas y sangrías aparte, como de costumbre.

La reina doña Ana llevaría ya un rato esperándole en el jardín, con los caballos y la escolta prestos, como habían quedado tras el almuerzo, para una breve cabalgada por los encinares antes de que anocheciese. Les acompañaría Morata, uno de los bufones, tan enano y sin embargo tan buen jinete con sus estribos tan acortados, y que haría reír al rey con sus ocurrencias. Necesitaba Felipe aquel rato de disipación, sobre todo junto a su esposa, su linda esposa, a la que hasta su boda se había referido como su sobrina, lo que en realidad era. Veintidós años más joven que él. A ratos le asustaba pensarlo. Pero las más veces le daba una mezcla de placer y preocupación, por tener aquella bella mujer como compañera, y por temor a igualar a las seis esposas del padre de su cordial enemiga, Isabel de Inglaterra. Bueno, bueno, pensó, pero a las tuyas se las había llevado Dios, no el verdugo. Y aunque con Ana ya iban cuatro, la viudez era un estado en el que había vivido más tiempo del que quisiera. Que no le llegara ese estado otra vez; Dios mío, que no me llegue otra vez, murmuró mientras se ponía el capotillo de paseo y salía de su cámara.

Anocheía sobre Lisboa un cielo azul oscuro que tenía algo de bronce rojizo por el oeste. La brisa había cesado, lo que presagiaba una jornada cálida para el día siguiente, justo la prevista para la coronación y el juramento del rey don Enrique, en medio de unos súbditos aún desmoralizados por la tragedia africana y descorazonados por la incertidumbre del destino de la monarquía portuguesa, por más que los rumores de que don Sebastián seguía vivo continuaran deslizándose entre el pueblo, pese a los detalles que se iban conociendo de su muerte, conforme regresaban los escasos liberados.

La casa estaba medio en orden, y don Cristóbal de Moura había ya despachado los correos, y escrito además con su secretario Figueira las cartas que al día siguiente irían a los regidores de la ciudad y a varios de los nobles residentes. En ellas les comunicaba su visita como enviado personal del rey de España —poco título era ese aún, poco, pensó—, y se mostraba deseoso de saber qué disposición y servicio estaban dispuestos a hacer los susodichos personajes.

—¿Crees que habrán entendido lo del servicio, Tomé?

—Si no, se lo explicaréis vos, señor, pero creo que en política, como en casi todo, la palabra servicio se entiende perfectamente como intercambio de una actividad por una remuneración. Lo que querrán saber es a cuánto llega la remuneración, para que el servicio sea a su hechura.

—Me gustaría ser más claro, pero hasta que no lleguen las cartas en blanco del rey no podré mostrar los poderes que en realidad querría. Esperemos que no tarden. Estoy muy limitado, Tomé, muy limitado... Por cierto, di a Ismael, a Antonio y a Fernandillo que suban. Y que traigan un caldero de agua tibia para asearme un poco antes de dormir. Tú retírate y descansa también, que estarás tan molido como todos los demás.

Salió Tomé Figueira y a poco subieron los otros tres componentes masculinos del cuerpo de casa.

Antonio de Alcáçer tendría treinta y muchos años; ni él mismo sabía el número exacto. Era portugués, de Barrancos, un pueblo del Alentejo limítrofe con España. Moura lo había tomado a su servicio por dos motivos; uno por ser de un lugar donde se hablaban casi parejas las dos lenguas, y otro por ser pelirrojo y haberse enterado de que había tenido que salir de su pueblo por las múltiples y pesadas bromas, habituales hacia los de aquel color de cabello. En don Cristóbal encontró Antonio un amo respetuoso y poco amigo de supersticiones y prejuicios al que en agradecimiento servía con absoluta fidelidad e incluso afecto. Antonio era más bien alto, delgado, flexible y buen corredor; resultaba también muy despierto de mente, aunque retraído y algo hosco de carácter, debido indudablemente a su ingrata infancia y primera juventud.

Ismael Ramírez era un murciano del valle de Ricote, de ascendencia morisca sin duda, cosa que don Cristóbal se ocupó de aclararle que no le importaba lo más mínimo siempre que fuese formal, limpio y cumplidor. Algo más joven que Antonio, moreno de piel y cabello, tirando a bajo pero muy fuerte, había sido carretero bastantes años, y de ahí que no se separase nunca de su látigo, que portaba plegado y atravesado en la faja, en donde el común de los mortales llevaba la navaja o la daga. Era asombrosamente diestro con aquel instrumento, y en la media docena de años que llevaba con Moura podía haber pronunciado igual número de palabras. Eso sí, tarareaba casi siempre viejas coplas de su tierra que sin duda le habían acompañado en sus largos viajes solitarios. Viajes que debieron terminar de manera no muy acorde con las leyes, por la instintiva desconfianza hacia alguaciles, corchetes y demás gentes del orden, y su absoluta negativa a volver a pisar tierra murcianas. Anto-

nio e Ismael se llevaron bien desde el primer día, y fueron construyendo una amistad eficaz, basada en hechos y actividades bien conjuntadas, con la única particularidad de que habían excluido prácticamente el diálogo en su relación, cosa que parecía agrandar sobremanera a aquellos dos individuos, a los que Moura había llegado a ver sentados uno junto al otro dos horas seguidas, mirando al horizonte y sin pronunciar palabra, dando cuenta de un azumbre de vino. Tras el largo rato juntos, el mismo Antonio comentó a don Cristóbal lo buen camarada que era Ismael, lo bien que se estaba junto a él y lo mucho que apreciaba su compañía.

Cuando Moura tuvo a sus tres criados frente a sí, les dio instrucciones para que la casa estuviera siempre cerrada, y vigilada por al menos uno de ellos, y les informó de que al día siguiente o al otro llegarían dos o tres criados portugueses más, que estarían a las órdenes de Ismael y Antonio. El padre de don Cristóbal, don Lorenzo, los había elegido personalmente de entre los suyos y esperaba que no hubiese problemas.

Por saber cansados a todos por el viaje y el acarreo de muebles, no dijo más y les dio venia para bajar a su dormitorio, salvo a Fernandillo, que dormiría en un pequeño cuarto cercano a su señor y que se iba a quedar allí para desvestirle y lavarle.

Ido el resto, Moura aguardó un poco y echó luego el cerrojo de la puerta. Se quitó la camisa, la bolsa de cabritilla que llevaba en bandolera y fue hacia el caldero; se enjuagó el rostro, los brazos y el pecho, tras lo que indicó a Fernandillo:

—¿Me pasas el paño?

Fue el paje a uno de los arcones, de los que sacó un amplio paño de lienzo que colocó sobre la espalda de su señor y comenzó a frotarle.

—No tan fuerte, no tan fuerte, por favor —indicó Moura—. No hay que entrar en calor; no estamos en invierno.

Entonces el paje se giró y se puso frente a su señor, mirándolo en silencio, muy intensamente a los ojos, con una sonrisa que dejaba ver lo parejo y blanco de su dentadura.

—¿No hay que entrar en calor? —susurró mientras acercaba sus labios a los de Moura y los besaba suavemente.

—No —respondió su señor devolviendo el beso y comenzando a desabrocharle la camisa de paño al sirviente.

Se besaron despacio varias veces más, mientras Moura desabotonaba la prenda. Una vez quitada esta, apareció una banda de tela ancha, fuerte, a la altura del pecho del paje, a la manera de las que usaban las monjas, y atada con tres pequeñas lazadas delanteras que Moura deshizo veloz. Quitada la faja aparecieron unos pechos de mujer, menudos pero firmes y bien formados, coronados por unos pezones rosados que de inmediato se encresparon cuando Moura dejó sobre ellos varios besos ligeros.

Comenzaron a desatacarse mutuamente los calzones, y cuando quedaron desnudos, el excitado pene de Moura se rozaba con el vello apretado y trigueño del sexo de una mujer.

—Ven, Fernanda, ven, que hay que bendecir la habitación...

—No blasfeméis, don Cristóbal.

—Ni así me apeas el tratamiento —dijo Moura mientras besaba los cortos cabellos de la muchacha.

—No, ya lo sabéis, para que no se me escape nunca. Si os dijera Cristóbal, se me iría de la boca en el momento menos pensado, cuando viera en vos como tantas veces al hombre, no al señor. Pero ya veis, don Cristóbal, para qué queréis que os tutee con la voz si lo hago con los labios, con el cuerpo. Si nos tuteamos con el corazón. Ya os lo he dicho otras veces.

—Como tú quieras, Fernanda. A mí no se me ha escapado aún, ya ves, y va para seis años. ¡Ah! Y no blasfemo.

Es nuestra bendición, la de nuestras personas, la que precisa este lugar. Además bendecir quiere decir simplemente decir bien.

Moura besó de nuevo los labios de Fernanda, inmensamente agradecido y feliz una vez más de tener a aquel ser junto a sí, aquella criatura a quien debía más de lo que ella podía imaginar. Por supuesto que había habido otras amantes. No pocas, hasta Fernanda. Pero ninguna tan densa, tan discreta, tan completa. Le debía no poco de su paz interior. En aquella mujer joven sencillamente se resumía todo el afecto, en ella le amaba el mundo. Él lo sabía. Ella quizá no, pero su instinto sí, y como tal se comportaba, con la intuida entrega, la dedicación y el cariño suficiente para hacerlo feliz.

Ya habían llegado a la cama, que estaba solo con las sábanas y sin colcha, y se echaron despacio, conjuntados, como pareja que se conocía de antiguo.

—Mañana hace seis años, don Cristóbal, ¿recordáis?
—comenzaba a jadear Fernanda, con Moura ya dentro de ella.

—No, no me acordaba. Llevas las cuentas mejor que yo.

Y le ocupó primero los labios y luego toda la boca toda con un largo, largísimo beso.

Cuando terminaron de amarse se echó Moura a un lado, agradeciendo en su espalda el frescor de la sábana. Respiraban aún agitados, y algún beso que otro se escapaba de alguno de los dos pares de labios.

—Cómo no voy a llevarla, don Cristóbal. El día de san Ceferino, el 26 de agosto, el que me sacasteis de aquella venta miserable en la que sabe Dios cómo hubiese acabado mi vida.

—Mal. Cómo ibas a acabar bien en un ventorro del camino, entre Talavera y Torrijos. Y más con lo bonita que estabas con aquellos dieciséis años..., por más que ahora con veintidós estés incluso mejor.

Se había alejado un poco Moura al decir las últimas palabras mientras la miró de arriba abajo, y en efecto le parecía que el grácil cuerpo de Fernanda, con su piel suave y tersa, sus caderas poco destacadas pero fuertes muslos, con sus pechos perpetuamente púberes, le resultaba tan o más deseable que cuando la conoció.

—¿Mejor con este pelo de muchacho?

—Mejor —dijo él mientras rastrillaba los dedos entre los densos y breves bucles.

—Suerte que os conocí.

—Y yo a ti, Fernanda; la suerte es mutua. No hay desparejamiento.

—Como mucho... —suspiró la muchacha— me hubiera casado con un arriero, con alguien como Ismael.

—No es mal hombre, mira tú por dónde. Y debe de tener una buena herramienta.

—No digáis barbaridades. —Rio Fernanda conteniendo el volumen de su voz.

—Debe ser verdad. Si me muero pronto, cástate con él.

—No, ya es tarde. Ya no puedo. No podría.

—No sabes lo capaz que es uno de todo.

—De eso no. Pesáis ya mucho en mi vida. En estos seis años he sido tan feliz con vos, pese a todo lo escondido de nuestro querer, que ya tengo bastante para el resto de mis días. No me casaba aunque os quedarais seco ahora mismito. Moríos y lo veis, si tenéis valor.

—¡Mujer, no me desees tanto bien!

Volvieron a besarse despacio, y a poco se levantó Fernanda, se lavó un poco el sexo con agua del balde y se secó con un paño que había sobre una silla de tijera.

—Bueno, me voy para mi cuarto, no sea que venga algún criado y tenga que meterme otra vez bajo la cama, con lo molesto y lo sucio que resulta.

—No creo. Deben de estar molidos.

—Como deberíais de estar vos —respondió Fernanda dándole un último beso y retirándose.

—Es que había ejercitado en el viaje todo el cuerpo menos el pedacito que faltaba —respondió Moura en voz baja porque Fernanda, con los calzones y camisa apresuradamente encima, había abierto ya la puerta.

Ida la muchacha, Moura volvió a echar el cerrojo, entreabrió la ventana, por la que entró un leve rumor de noche tranquila pero casi ningún fresco, se enjuagó y secó, apagó la vela y se dejó caer sobre las sábanas.

Se santiguó, pidió el habitual perdón a Dios por el desliz con Fernanda y se durmió casi de inmediato.